

MARÍA DEL CARMEN PERIÁÑEZ PÉREZ. ENFERMERA. BADAJOZ.

Un viaje a Guinea Bissau en 2015 llevó a que naciera en mí la necesidad de realizar alguna ayuda humanitaria al pueblo africano, aportar mi “granito de arena” con lo poco o mucho que sé hacer, gracias a mi profesión, a mis ganas, alegría...

Como loca comencé a buscar voluntariados y a solicitar información con diversas ONGs. Al fin, decidí decantarme por CC ONG por su libertad en la elección de fechas, las cuales podía adaptarlas a mis vacaciones, y por su forma de alojamiento allí, que era vivir en casa de una familia, lo cual me parecía una genial idea. Todo me va pareciendo perfecto a la hora de la programación del viaje, Rafael muy agradable, siempre disponible telefónicamente, ayudando y explicando todo, resolviendo dudas, asegurando que aquello iba a ser una gran experiencia. Según comentaba, en Senegal tenían dos hospitales y un tercero a punto de inaugurar. Se podían impartir clases en el colegio y hacer múltiples actividades...

Todo fácil, y nada: “tú compra el vuelo y cuando lo tengas, mándamelo al email junto con tus datos y te creamos el dossier”. El dossier llega a mi domicilio y ahí comienzan las sorpresas, gastos y más gastos... de gestión, alojamiento, pagar a Ousmane (y sus trayectos, o cada vez que lo necesites), seguro, guarda facturas (las cuales allí no existen),...

Y bien... comienza la aventura...

Mi vuelo sale a las 7h desde Sevilla y llego a las 12.25h a Dakar. Efectivamente, allí está Ousmane esperándome. Susana y Álvaro acababan de aterrizar momentos antes y se habían reunido con Ana y Gonzalo que llevaban un par de días por la ciudad, en casa de una tía de ella. Nos reunimos, y el guía nos acompaña a cambiar dinero. La tienda es pequeña, en el corto trayecto te acechan unos y otros lugareños pidiendo, intentando vender... hay ropas, bolsos, collares, pulseras... y efectuamos el cambio de la moneda. Ahí llega Ebolai (hijo del médico), es el que nos va a acompañar hasta el pueblo. En ese momento pedimos ir a comprar las tarjetas del móvil, pero asegura que en Toukar podemos comprarla (lo cual no fue así y estuvimos 3 días incomunicados).

Nos repartimos en dos taxis, y llegamos al lugar donde teníamos que coger el bus. Una odisea caminar por allí, lleno de gente, justo un mercado, miles de puestos, colorido, frutas, utensilios del hogar... allí lo menos imaginable es vendible. Yo llevaba 2 maletas y una mochila grande cargada en mi espalda, en total 82kg de material sanitario, escolar, calzado, ropa, pañales, chupetes, biberones, globos, piruletas, gominolas,.... Dificilísimo subir unas largas

escaleras y atravesar un puente para cruzar al otro lado de la carretera. Hombres muy serviciales, me ayudaron a transportarlas.

Pasa bastante tiempo, calor, sudor, cansancio, caos, ruido, un autobús tras otro... "Dios, qué horror, cuándo llegará el nuestro y cómo logran entenderse esta gente dentro de este desorden!!!"

Al fin llegó, era blanco, de hojalata bollada, sucio, asientos rotos,... hombres suben nuestras maletas al techo. Empieza a llenarse de gente y arrancamos. Alucinante, cada 50m alguien golpeaba las paredes, se paraba y subían más pasajeros. Muy curioso, mujeres vendiendo por todos lados, acechaban por las ventanas, casi metiéndote sus productos en los ojos, e incluso subían al bus en ese minuto y se bajaban con él en marcha. Repletas de mangos, plátanos, pan, dulces caseros,...

Regla básica: no comer alimentos cocinados en la calle! Pues ya nos la saltamos. Caímos en la tentación de comprar galletas, las cuales estaban muy ricas y ofrecimos a todos los pasajeros. También compré un plátano a cada uno. La fruta en África es un manjar y se compra a un precio ridículo. Sabrosa.

El trayecto eran 130km, íbamos cansados, contentos, expectantes a lo que nos esperaba, sorprendidos por lo que nos estaba rodeando, todo tan distinto... yo me encontraba feliz, no paraba de hablar y reír, interactuar con mis compañeros, pusimos música española, cantamos, bailamos, tocamos palmas. Sus gentes nos miraban con caras de extrañeza a la vez que reían e incluso se animaban a acompañarnos. Pero el viaje resultó eterno, llegamos a Toukar a las 20h, tras 6h de viaje, sentados en un asiento estrechísimo, con las piernas encogidas y la mochila encima de ellas.

Allí era de noche, no hay alumbrado, todo oscuro. Bastantes lugareños esperando, éramos la expectación. Nuevamente nos ayudaron a bajar maletas y transportarlas.

Ebolai comienza a dirigirnos hacia las casas que nos había asignado. En primer lugar dejamos a Gonzalo y Ana en casa de Ablaye, donde vive el profesor de español. Casa grande, con muchas habitaciones y un patio central. Son muchos miembros de la familia y allí se hospedan muchos voluntarios. Su cuarto tenía cama de matrimonio y ventilador, y era una construcción decente.

Posteriormente vamos a casa de Susana y Álvaro, conocemos a la familia y también les había tocado una habitación con cama de matrimonio. Bien!

Por último ya nos dirigimos a la mía. Entramos directos al patio, pues ellos no disponen de salón y la vida se hace fuera. Había un montón de hombres, apenas se veía, tenían una luz muy pobre. Comienzo a presentarme y bueno, ahí van ya mis primeros pinitos obligatorios con el inglés. En Senegal se habla francés y wolof, ninguna lengua controlo. Gracias que Pap (padre) y Yandé (hija

mayor) hablaban un poco en inglés, entonces eran mis medios de comunicación con el resto de la familia. Aissatu era la madre, y en total eran 7 hijos.

Me conducen a mi dormitorio. Puerta de chapa, con una cerradura y llaves. Abren y me encuentro un espacio sucio, de paredes medio caídas, un colchón de 10cm de grosor en el suelo cubierto con una sábana y una mosquitera colgada del techo. En frente, una ventana.

Coloco mis pertenencias en un rincón, me despido de Ebolai y justo me paro a pensar: “Dios, dónde me he metido...” yo soy muy escrupulosa y me dispongo a cambiar esa mosquitera por una mía y colocar mis sábanas. Necesito una ducha y pregunto en dónde se encuentra. Me conducen detrás de la casa, todo a oscuras y hay un espacio separado por un tabique, donde en un lado hay una letrina y en el otro un pequeño sumidero en el suelo. Me preparan un cubo de agua con un cazo y una linterna que me alumbre un poco. Al terminar me indican por donde pasar para que todos aquellos hombres no me miraran envuelta en una toalla. Justo tenía que atravesar una habitación y en ella me encuentro una sorpresa. Allí estaba Busso, la abuela, sentada en el suelo con piernas estiradas y tronco sin apoyo (posición de 90 grados). Su cabeza se caía hacia adelante provocada por el encorvamiento propio de la edad, pero le regía perfectamente. Entrañable mujer, contentísima de conocerme. Tenía 100 años y llevaba 3 viviendo en esas condiciones. Para dormir sólo dejaba caer su cuerpo hacia un lado. Jamás salía al exterior y observé que tenían una silla de ruedas. Mi shock se puede imaginar.

El calor es agobiante, necesito dormir. Ya me entro en mi cama, único espacio limpio y protegido, de mínimo confort. Bien embadurnada en repelente de insectos. Decido dejar puerta y ventana abierta para que corra el aire, pero no me dejan, dicen que tengo que cerrar todo. El calor me sofoca, no puedo dormir, y se lo explico. Minutos más tarde, Yandé reaparece con un ventilador (el único que tenían para todos ellos) y lo enchufa para que yo esté a gusto. Jamás me lo quitaron de allí.

A la mañana siguiente despierto y necesito ducharme de nuevo (lo hacía siempre 2 veces al día). Me preguntan qué quiero desayunar, pues entre las opciones elijo café (sin leche porque en mi casa no hay) y pan con chocopain. Me preparan toda una barra!!!! Y hale, mi primer contacto con el hospital me espera. Ebolai nos lleva a hacer un reconocimiento del pueblo y presentarnos.

De Hospital no tenía nada, era un Centro de Salud, donde pasaba consulta un “llamado médico” (padre de Ebolai) y enfermeras, y en frente otro pequeño edificio de Maternidad, donde pasaba consulta una Ginecóloga, una matrona y una enfermera. Seguimientos de embarazo y atención a partos. Todo el personal que trabajaba allí, vivían justo al lado e iban a sus casas cuando querían. Espacios sucios, dejados, precarios, escaso material, desorden,...

Seguimos conociendo la zona y nos lleva al bar de Leo, lugar que marcó gratamente nuestra estancia. Este chaval es la mejor persona que he conocido allí, el más implicado, siempre preocupado por nuestro bienestar, resolviendo todos nuestros problemas. Puedo decir que el voluntariado le debe todo a él. Ese era nuestro lugar de recreo, de encuentro, de compartir, evadirnos,... Siguiendo tradiciones españolas de nuestra sagrada cervecita a medio día y por la noche. Autoservicio, con confianza, pagándole al final.

A casa llego a comer, a mí me sirven en platos individuales, y yo llevaba mis cubiertos. Encantada, pues otros compañeros comían con ellos, todos de un mismo recipiente, con las manos o cubiertos, donde nadie se lava las manos antes, se chupan los dedos, manosean la comida de un lado a otro, lanzándotela para que comas. Arrrggggg... qué mal lo pasaba yo cuando me invitaban en otra casa, asquete del bueno!

Ellos comen de Lunes a Domingo lo mismo, sus recetas se resumen en tres, y no conciben mezclar los ingredientes de otra forma, tipo: espaguetis con tomate! Pero yo disfruté su gastronomía como loca, me lo comía todo, adoro sus sabores y el picante.

La hora de la siesta cada tarde se hacía eterna (siendo española se entiende). Para mí era el momento más crítico, en mi casa no había sillas, sólo dos burriquetas de madera y recipientes de aceite,... en la habitación no se podía parar del calor, fuera las moscas te comen, los niños no paran de estar encima de ti. Tampoco paraban de pedirme cosas, pues sabían que iba cargada. Con el tiempo tuve que dosificar, pues ya intentaban aprovecharse e incluso engañarme. Llegué a enfadarme con las dos hijas mayores de mi casa y unas amigas, prohibiéndoles la entrada en mi dormitorio y a los peques también.

Cada tarde bañaban a Thenisse y Babacar y disimuladamente los empujaban a mi cuarto para que los vistiera con ropa nueva. Quedaban tan guapos y felices!

Desde el primer día, salía a la puerta y todo el mundo sabía mi nombre, me saludaban de punta a punta. Corrían hacia mí. Los abrazaba, cogía en brazos,...

Cada mañana iba a trabajar a maternidad, hasta las 11.30h que terminaba la consulta y me pasaba a medicina general. El primer día me sentí en la obligación de limpiar todo (yo iba cargada de desinfectantes), colocar, desinfectar material quirúrgico (oxidado y en lamentables condiciones). Tiré y les repuse nuevo. Es sorprendente como ellos/as te veían limpiar, te decían que qué bien, pero nadie se unía a ayudarte. Había cajas llenas de medicamentos y materiales que voluntarios anteriores llevaron, sin abrir. En realidad son gente con poco interés, no saben ni quieren saber, no hay conocimientos, ni conceptos. No entienden de valores importantes ni de precios de las cosas.

Pasan los días y allí en realidad hay poco que hacer, pues está el personal que trabaja y ciertamente no se necesita nuestra asistencia. Lo que ocurre es que te sientes en la obligación de implicarte ya que has ido. Pero esta parte es muy decepcionante, puesto que a ti te han vendido otras expectativas.

Las tardes dependían de cada uno, para mí eran eternas de juegos, cantes, bailes, jugar al fútbol, al pañuelo, dibujar, peinarnos,...

El colegio estaba cerrado, no se podían dar clases. Removimos "cielo y tierra" para conseguir que alguien nos abriera un aula y poder concentrar a los niños. Nuestra intención enseñarles algo de castellano. Otro punto de gran decepción.

Un voluntario era informático y se le dijo que podría dar clases de informática porque había ordenadores. Nada. Mentira. Ordenadores viejos, amontonados, los cuales jamás se habían enchufado.

En Toukar conviven en total armonía católicos y musulmanes, e incluso dentro de una misma familia pueden estar mezclados. El machismo predomina, los hombres siempre sentados, no hacen nada, y las mujeres no paran de trabajar todo el tiempo. Pero ellas no lo conciben de otra manera, decían que ellas tenían que servir a su marido. Según la religión pueden tener hasta 4 mujeres. Ese tema era conversado delante de los matrimonios sin ningún reparo. Múltiples hombres del pueblo se me declaraban pidiéndome ser su mujer.

Atendí 3 partos, algo alucinante por la naturalidad con la que acontece. Fortaleza inhumana de las parturientas de las que no sale ni un solo grito.

Senté a Busso en su silla de ruedas y la saque al aire, a ver la luz, a rodearse de su familia y niños alegres. Su cara de agradecimiento quedará grabada en mis pupilas eternamente. A diario le daba sus chucherías y las escondía en una cajita. Le encantaban.

En total fueron 21 días de convivencia en una casa muy pobre, donde tenían lo justo para sobrevivir día a día. No había fregona ni cepillo, se hacía la colada a mano, andaban descalzos, con ropas rotas, sin perfumes ni cremas... pero era un hogar rico en alegría y bondad, donde todo se compartía, existía el respeto a los mayores, las órdenes sólo se daban una vez. Donde una pastilla de jabón, caramelo o globo eran motivos de fiesta,...

Con ellos bailé, canté, jugué, nos reímos, abrazamos, besamos, les enseñé,... Con ellos aprendí a valorar la comida, que todo es de todos y nadie es más que nadie, que debemos vivir con naturalidad, que si te haces una herida no pasa nada... ya se curará, que hay que ser fuertes porque sí, que no hay que andar con estrés, ni con prisas, que las depresiones no existen, que es precioso saludar a todas las personas con las que te cruzas y mirarlas a la cara, que los niños arreglan sus problemas sin que los adultos intervengan, que si tú no tienes, yo te doy; me me empapé de su cultura, logré entender muchos de sus

valores... Hicieron que me sintiera como una reina, siempre preocupados por mi bienestar.

La despedida fue un gran duelo por ambas partes. Experiencia y lección de vida, marcada quedaré para siempre. Sus palabras y sus gestos hacia mí, jamás los podré olvidar. Sueño cumplido.